

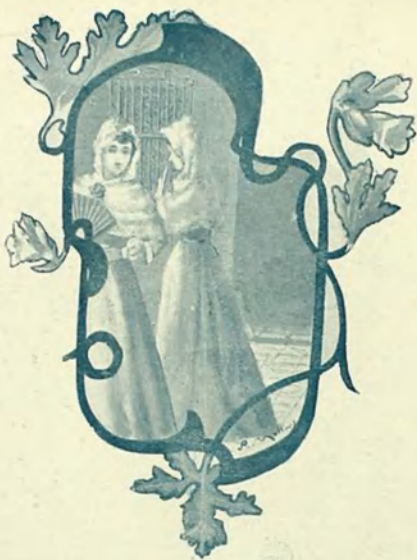
IRIS



CURIOSIDAD

Perfumada y lujosa,
 llena de encantos
 majestuosa seguía
 la calle abajo.
 Recogida la falda
 con gran descaro,
 luciendo los primores
 de sus zapatos
 y una nube de encajes,
 cintas y lazos,
 avanzaba risueña
 dejando el rastro
 de sus huellas, por donde
 dirige el paso.

Con lujo estrepitoso
 é inusitado,
 y cubierta de encajes
 y de bordados,
 alegre, satisfecha,
 contoneando
 el cadencioso talle
 gentil, gallardo.



otra mujer hermosa
 llena de encantos,
 también suaves perfumes
 lanza á su paso,
 y por la calle arriba
 viene avanzando.

que, en su presencia, apenas
 si se han fijado.
 Y siguen su camino
 siempre despacio,
 al parecer tranquilas
 y sin cuidados.

Como van en sentido
 siempre contrario
 y siguen por la acera
 vanse acercando,
 y al fin ban de encontrarse
 las dos al paso.
 Y así es. Las dos mujeres
 pasan rozando;
 á un lado mira la una,
 la otra á otro lado;
 las dos indiferentes,
 fingiendo acaso

¡Ay! no es así... que apenas
 andan tres pasos,
 las dos vuelven, á un tiempo,
 los ojos, ávidos
 de mirar para hacerse
 mutuo inventario
 de vestidos y alhajas,
 cintas y lazos.

¡Solo así sus miradas
 se han encontrado!

JOSÉ JUAN CADENAS



Como la sociedad está tan grotescamente arreglada, huélgome de risa viendo como huelgan aquellos que, por ser necesarísimo su oficio no debieran de holgar nunca. Pero, en este clásico país de la holganza, no cabe presumir otras consecuencias que la holgazanería a todo pasto.

No es que los holgadores sean seres nefandos; sino que el daño resulta de que en lugar de que holgaran los que vienen holgando, sería mejor que holgasen los que, por las trazas, no holgarán en toda la vida.

Huelgan los panaderos, los carniceros, los cocheros, los zapateros y los barberos.

Esto es, todos aquellos ciudadanos sin cuyos servicios, es imposible comer, andar cómodamente, y mostrarse en público con decencia. En cambio, no huelgan los chiquillos, que alborotan por las calles. Los caseros, que, con el amenazador desahucio, gravitan sobre nuestras cabezas, como con una nueva espada de Damocles. Los rateros que descerrajan nuestras puertas, apenas volvemos las espaldas.

Los acreedores de toda clase que nos persiguen como vampiros, sedientos de nuestra sangre, ó lo que es igual, de nuestro dinero. Yo creo que viven equivocados los huelguistas; defecto de que participan todos los débiles humanos; porque ¿quién no se equivoca? Aparte del gustazo de hacer domingos todos los días de la semana, durante un período más ó menos largo, el descanso cotidiano les perjudica en extremo. Ciertamente que en sus *mitines* se dan á conocer algunos oradores, que con pretexto de la subida del jornal ó la reducción de horas de trabajo, hablan hasta de la Trinidad Santísima. También es cierto que votan las huelgas por aclamación, y el regocijo raya en la locura. Pero estas alegrías me recuerdan el cuento de una lugareña. Era la tal una muchacha muy perezosa, que vivía en compañía de su padre, humilde labriego, que se mantenía del producto de sus campos.

Destinaba el buen hombre todo el trigo que recolectaba en sus predios para el pan de la casa.

Y como para hacer pan hay que convertir el trigo en harina; y en aquella casa, el escaso ganado se destinaba exclusivamente á la labranza; y el labrador era viejo y la hija moza robusta; ella era la que cargaba con el costal de grano que había de llevarse quincenalmente al molino, para hacer la harina del pan para medio mes. Siempre, la perezosa mozueta tomaba el costal, con mil protestas.

—¡Ay! ¿Cuándo dejaré de ir al molino?

Por fin, un día, viendo que era el acostumbrado para su odiada romería molinesca, le preguntó á su padre:

—¿No voy hoy al molino?

A lo que contestó el labriego, tristemente:

—No, hija. Ya se ha acabado el trigo.

Entonces, la muchacha, saltando de gozo, exclamó:

—¡Gracias á Dios que ya no tengo que ir al molino!

Lo mismo digo de las huelgas de ahora. Bien está que el obrero reclame derechos que ve torcidos; pero no está bien que vaya á una huelga brincando de gusto.

Porque en las huelgas que se estilán ahora al fin lo que huelga es el estómago, á pesar de las cajas de resistencia. Cajas de resistencia poco eficaces; pues no hay nada que resista al hambre del pobre.

Y á propósito del estómago, se me viene á la memoria la fábula de Menemio Agripa.

Era este señor un senador romano que, en trance apuradísimo, no tuvo más remedio que servir de

tercero entre plebeyos y patricios. Hagamos un poco de Historia. Habían proclamado la República, despus de los Tarquinos, y el pueblo que, con variar de nombre el gobierno, había creído que había cambiado también su situación, viendo que seguía siendo la misma, se llamó a engaño.

Cuando le necesitaban, le adulaban, y pedían su concurso para las guerras, cuyo coste siempre se le pegaba en parte á las costillas. Y luego ¿para qué esos esfuerzos? Para ganar batallas de que solo sacaban fruto sus tiranos; pues los plebeyos entrampados eran vendidos por sus acreedores como esclavos en los mercados públicos.

Hartos de que se les diera gato por liebre, resolieron retirarse al Aventino, al Monte sagrado; y lo hicieron con armas y bagaje; esto es, con sus familias.

Los patricios comprendieron que se ponía la cosa muy fea. Vieron que tenían que cocerse ellos mismos el pan, vaciar sus orinales, barrer las habitaciones y fregar los platos.

Y á semejanza de los gobiernos parlamentarios de ahora, se alarmaron ante el retraimiento de las oposiciones. Fué preciso enviar á los rebeldes ó huelguistas de entonces, un Aguilera, para que les hablara y redujese. Y entonces, el senador susodicho, Menenio Agripa, marchó al monte, y dirigiéndose á los amotinados, les refirió un cuento.

«Una vez,—les dijo,—hartos de sostener el estómago, que no trabaja y todo lo devora, todos los miembros del cuerpo, resolvieron rechazar tal tiranía, y para ello decidieron el descanso más prolongado. Las manos dejaron de trabajar y de llevar la comida á la boca; los pies se negaron á dar un paso para desarrollar la actividad. Pero ¿qué sucedió al cabo

de algún tiempo? Pues que los pies y las manos, y todo el cuerpo se sintieron extenuados, y próximos á perecer, faltándoles la savia que de ordinario les enviaba el estómago.»

Los plebeyos adivinaron la moraleja de la fábula y consintieron en volver á Roma; pero antes quisieron asegurarse bien, y pidieron el Tribunalado, para que les representase, y defendiese sus derechos. Ahora, lo mismo que antaño, los huelguistas piden, y pactan con sus patronos, antes de rendirse.

Y exigen un «escrito», porque «no se fían!» Con lo cual, queda demostrado que «nada hay nuevo bajo el sol», y que los descontentos con la miseria, que se retiran al Aventino, ó á sus casas, son muy antiguos. Y la verdad es que no saben los huelguistas á cuantas desazones nos llevan sus ruidosos, aunque apremiantes anhelos de mejora. En casa de don Ruperto, especialmente, han sembrado la desolación las huelgas últimas. Don Ruperto es un modesto empleado en una empresa particular; el cual don Ruperto, que es cojo y medio ciego, tenía por imprescindible costumbre ir en tranvía á su oficina. Más, suspendida la circulación de los carruajes democráticos, tuvo necesidad el pobre hombre de salir de su casa dos horas antes, para cumplir con sus deberes. Pero ni aun así se ha salvado. Marchando jadeante y sudoroso, ha cogido un catarro que le ha tenido en cama quince días. Y creyendo sus jefes que era un pretexto la enfermedad (él que nunca había sufrido un mal dolor de cabeza), y que también era huelguista, le han dejado cesante. Por cuya razón, al angustiado padre de familia, agotados sus recursos, se le encuentra todos los días por las calles, yendo de casa en casa de préstamos, con un lío de ropa bajo el brazo, envuelto en un pe rriódico, formando el menor bulto posible.

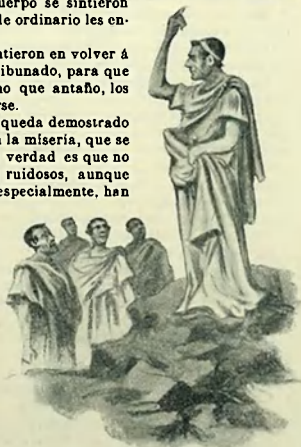
—¿Qué le han parecido á usted las huelgas?—le preguntan ustedes por mera casualidad.

—¡No me habe usted de ellas!—exclama con irritación.—Todos los huelguistas ya han vuelto al tra-bajo. En cambio, yo soy el que ahora huelgo hasta sabe Dios cuando.

Y luego añade, señalando al lío con ademán afigidísimo.

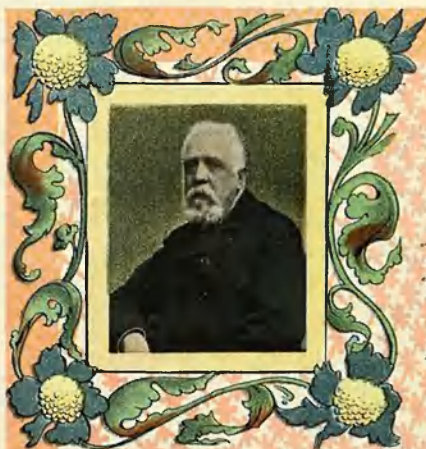
—¡Y también huelgan estas prendas... del alma, que no volveré á ver más!

EMILIO RIVAS





LAS AVES DE JUNO



Andanza y los dos.

Ala en un por esta misma
puerto en un dos por tres,
el don Andaz, que se
la ofende, fotografía.

Lo voy a dar un caballo
de un año, de un año,
a mi hijo, hasta que
paga un año de un año.

Con porción fuerte
y otros tantos de un año,
y se la vende, por
de en cuanto colabore.

Porque, cuando y por
nuestro, cuando, cuando,
nada por, cuando,
y otros muchos años.

En de un año que halla
recompensa a tal libro,
que a cada uno de un año,
de la de un año de un año.

7-8

La porción de un año
de un año y un año de un año,
no se vende a un año de un año,
de un año de un año.

El don Andaz, que se

Andaz, que se





LA CANTINERA

Al distinguido escritor D. Alfredo Espino

I

A la voz de «tercera, el teniente...» que dió el cuartelero de puerta abandonando el cepillo de la tiza con que limpiaba los ennegrecidos botones de la guerrera por cuyos inhábiles zurcidos podía saberse el tiempo de servicio de aquel *veterano*, formó la compañía con los cabos á la cabeza, como es de ordenanza, y el sargento, con su voz imperativa de general rústico, procedió á la alineación. Aquel día estaba de semana el teniente Puche, jovencito protegido de un general que se *pirraba* como decían sus subordinados, por dar una *torta*; procedimiento el cual le había dado el título de *terrible* entre aquellos infelices elegidos por el destino para probar todas las amarguras de la vida. Pero no le iba á la zaga el que le sucedía; prueba de ello era que cuando le llegaba el turno al sargento Blanco (que así era el apellido del sucesor), la compañía andaba de cabeza y por un quitame allá esa mancha se desencadenaba un diluvio de puntapiés que hacía temblar el orbe.

A propósito de esto, los soldados, que nunca ni por nada pierden su jovialidad legendaria, cualidad que sólo anida en los pechos españoles, hacían las más picarescas frases en las que se vislumbraba un fondo de amargura que hubiera hecho llorar á más de una madre observadora.

Con frecuencia se oían diálogos al tenor de este:

—¿Qué no encuentras el cepillo? Pues mira que le toca de semana al sargento Blanco.

—Sí, ¿pero qué quieres que haga?

—Ya puedes decir que tienes la *absoluta* en el bolsillo. (La absoluta, como comprenderá el lector, era una tremenda bofetada).

No obstante, desde hacía tiempo (cuestión de un mes), el sargento no hacía sentir tanto el peso de su rigor sobre la totalidad de la compañía; y es que había encontrado un blanco donde descargar la metralla de su cólera. Este blanco era Vicenti, un soldadillo enjuto de carnes y nervioso que llevaba un año escaso en las filas. Ambos se habían enamorado de Elvira, la hija del cantinero, una muchacha de tres lustros que hacía perder el seso. Las líneas de su rostro y las morbideces de su cuerpo ejercían un poder irresistible en aquellos corazones que hubieran saltado del pecho por irse tras ella. Pero el amor del sargento, con ser grande, no era como el de Vicenti; el de aquél había nacido de apetitos carnales; el del soldado había brotado de un alma pura, virgen de deseos ajenos á la idealidad. Elvira, comprendiéndolo así y siendo una niña, sin pecar de romántica, barto sensible, como toda mujer de corazón, amaba profundamente á Vicenti. Soldado y todo le quería con toda su alma y le prefería mil y mil veces á aquel Neron en pequeño cuya triste fama era bien conocida de la joven que por esto mismo le miraba no con la indiferencia que se mira lo que no importa, sino con el odio y desprecio que causa lo que mortifica.

Si Elvira hubiera sabido que cuantos desaires hacía al sargento redundaban en perjuicio del pobre Vicenti, á buen seguro que hubiera sido para aquél la más amable y bondadosa de las mujeres. Cada mirada despreciativa que recibía Blanco se traducían en un día de arresto para el soldado. ¿Motivo?

¡Bab! Nunca faltaba. Esa es una cosa que se encuentra siempre. Si todos los jefes y oficiales quisieran, nuestro ejército sólo sería una brigada disciplinaria y cada cuartel un presidio.

II

Vicenti, á la sazón, estaba cumpliendo un mes de calabozo. Todo fué porque una noche, estando de imaginaria, se quedó dormido. El sargento Blanco dió parte al teniente Puche que tenía fama de *ordenancista*, y hé aquí á nuestro mozalvete cumpliendo la misma pena casi que cualquier ladronzuelo vulgar. Cuando salió de la *chirona*, como él le llamaba á aquel oscuro cuartucho destinado á encerrar delinquentes, lo primero que pensó, para no gustar de otro arresto, fué no volver á mirar á Elvira.

—El sargento la quiere y yo también,—se dijo embetumándose las botas para la próxima guardia.—Si insisto, seguiré encontrándome todos los punta-piés y recibiendo los mismos castigos.

Ese propósito se hizo; pero como el hombre propone y Dios dispone, la llama del amor, en vez de extinguirse, fué avivándose en el corazón de Vicenti que más de una vez hubo de concebir los más negros proyectos. Empero dotado de una entereza no común en la generalidad de los hombres, supo, ó

por mejor decir, pudo dominarse así mismo y en más de una ocasión, clavándose las uñas en el pecho, desvió los pies del camino de la cantina.

Así transcurrieron días y días, hasta un mes. El sargento no le pegaba ya, pero siempre andaba á caza de un pretexto cualquiera para imponerle un servicio de cuartel, de castigo, ó una imaginaria.

Vicenti esperaba con ansia infinita el momento en que le pondrían en la del Rey.

¡Oh, ser libre! ¡Qué sabe nadie lo que es la libertad!



III

La pobre Elvira vivía hecha un mar de lágrimas. Ver transcurrir las horas sin contemplar el objeto amado, es sin duda uno de los mayores tormentos que Dios reserva al alma.

Por fin consiguió la joven atraer á Vicenti. Habló con él, le expuso sus quejas y ambos convinieron en que muy pronto, lo que tardasen en licenciar á él, huirían muy lejos para siempre... ¡para siempre!

Mientras tanto era preciso aplacar las iras del sargento; era forzoso evitar sus ímpetus que de seguro darían al traste con aquel idilio que empezaba á formarse en ambos corazones.

No era oportuno desesperar al sargento; convenía más entretenerle hasta que llegase el día ansiado; lo contrario podía ser causa de terribles consecuencias.

IV

La orden de licenciamiento se recibió con júbilo indescriptible entre los individuos del reemplazo que comprendía aquella disposición. Pronto biceron entrega del equipo y se quedaron únicamente con la *primera puesta* que luego abandonarían en un rincón del arca de casa. Relatar lo que pasó por el alma de Vicenti, sería empresa harto difícil para el que estas líneas escribe. Ni el pincel más prodigioso hubiera podido hacer una copia exacta de aquel semblante iluminado por la soberbia luz de los grandes acontecimientos.

No hizo esperar mucho á Elvira, no; fué á buscarla y en un apretón de manos la repitió todo lo que la había dicho cuando vivía sujeto al yugo del cuartel.

—Esta noche nos vamos.

—Sí,—respondió ella en un arranque de pasión.—Tendré todo preparado. ¿A qué hora?

—A las once.

Sin decir más, Vicenti abandonó la cantina rebosante el corazón de gozo. Luego fué a unirse con sus compañeros que en estrecho grupo entonaban canciones de su tierra recorriendo los pasillos del cuartel. La noche avanzó; con ella se aproximaba la hora de la partida. Al amanecer, los licenciados habían de tomar el tren.

Vicenti oyó la última campanada de las once presa de una emoción inexplicable.

Sigiloso, como hombre que va á cometer un grave delito, dirigióse á la morada de Elvira. Esta le abrió la puerta y ambos subieron al cuarto de ella.

Una vez arriba, Elvira dijo desconsoladamente:

—Pero si no podemos escapar. ¿Y el centinela?

—Es lo de menos,—respondió él;—es amigo mío y ya he hablado con él.

Más el pobre Vicenti no sospechaba ni pudo sospechar que aquel soldado compañero suyo, con quien había comido el mismo pan y vestido el mismo traje era capaz de venderle por captarse las simpatías de un superior que al otro día sería capaz de mandarlo á presidio.

En efecto, no se habían dispuesto á marchar los dos jóvenes, cuando el sargento Blanco, con el regocijo del tigre que ve segura la presa, se interpuso en el camino de ellos.

Las palabras que sucedieron entre Blanco y Vicenti no se pueden precisar; lo que sí es cierto es que el sargento cayó atravesado de una puñalada. Una voz femenina gritó: ¡huyel y Vicenti corrió á todo escape refugiándose en la que fué su compañía como si nada hubiera ocurrido.

Los gritos de la joven atrajeron la atención del cuerpo de guardia cuyo oficial interrogó con la vista, estupefacto, que significaba aquello.

Y entonces, Elvira, con la abnegación de las heroínas que todo lo sacrifican á su ideal, exclamó soberbiamente, con el orgullo que un león sacude su melena:

—¡Ahí está! ¡Había venido á deshonrarme!

MICHEL DE SILES CABRERA

UN BAILE DE "FAUSTO"

Es privilegio de las grandes obras literarias dilatar su influencia en las esferas de las artes y suscitar las más variadas interpretaciones. Tal es el caso del *Fausto* de Goethe.

Pintores, escultores, músicos, dramaturgos, dibujantes y poetas se han inspirado mil veces en la admirable creación del genio de Weimar, sin dejar de encontrar en ella á manos llenas motivos y más



MARGHERITA



DONCELLA DEL PUEBLO



FAUSTO



PORTASFANDANTE

Ha corrido con el difícil cargo de dibujar las decoraciones y los figurines el propio Mr. Wilhelm, reconocido como uno de los primeros escenógrafos de Europa y han pintado los telones y bastidores Lawthens-läger, de Munich, reputadísimo por sus decoraciones de las óperas de Wagner, Glin, Deming y Harker, todos ellos

motivos de inspiración. Delacroix y Ary Scheffer en el lienzo; Litz, Seubmann, Wagner, Berlioz, Gounod, Boito y cien más en el pentágono; Kaulbach con el lápiz; innumerables poetas en armoniosos estrofas han reproducido bajo los mas diversos aspectos del sentimiento los más hermosos episodios del poema, hasta que por fin le ha llegado la vez al Baile, que, con permiso de los espíritus austeros es también una bella arte, incluida por Hegel en su *Estética* y cultivada por autores (no ejecutantes) tan ilustres como Trófilo Gautier.

El Fausto, pues, convertido en ballet de grande espectáculo, constituye una de las artísticas y suntuosas obras que se hayan representado en el *Empire Theatre* de Londres, famoso por su magnificencia.



MEFISTÓFELES

reputadísimos en la pintura escenográfica.

Efecto que produce *Fausto*, convertido en baile es admirable, y dan ganas de dárles la razón a los que, como Richépin y otros, sostienen que la forma superior del arte teatral es la pantomima.

¿Y por qué en efecto, no ha de ser un baile tan digno de aprecio como



CIUDADANOS

una ópera ó un drama? Lo que se podrá decir es que andando los tiempos ha perdido su carácter primitivo, pero si nos remontamos á la antigüedad egipcia, griega, india ó judaica veremos que los bailes eran cosa muy seria, y aun sagrada y augusta.

Era, en efecto, la forma religiosa, por excelencia, y la memoria de danzas de las Bacantes, de las Córceas, de las Bayaderas, de las hijas de Sión y de las Almeas estaba para acreditar el valor de la coreografía como manifestación importantísima de la belleza. Y si se nos dice que ha de resultar ridículo ver á Fausto y Margarita traducir en piruetas su pasión no es mucho menos convencional hacerles cantar un duo en italiano, que á la fuerza



FANDRILLO



MOYO DEL PUKULO

debían oír todos los vecinos en el silencio de la noche. Además, en Alemania bailan mucho y bien, y en el *Fausto* abundan los bailarines: baile en las afueras de Wittenberg, con grave escándalo de Wagner, el fámulo del doctor; baile en la taberna de Auerbach, en Leipsick: baile de gatos en la cueva de la bruja; baile en el



EL JARDÍN DE MARGARITA

comparación de la suntuosidad de las modernas óperas. Lo que hay es que el doctor, en vez de irse al cielo, como en el poema de Goethe, era arrastrado á los profundos infernos por el diablo, que se apodera de él á los veinticuatro años de firmado el pacto. Esta es, en efecto, la versión de la leyenda original, escrita por Widman en 1361 con el título de *Historia prodigiosa y lamentable del doctor Fausto, con su muerte espantosa, donde se demuestra*

cuan miserable es la curiosidad de las ilusiones e impostura del espíritu maligno. Fausto vive en una posada en Romli- que, cerca de Witten- berg, y transcurridos los veinticuatro teme que de un momento á otro se lo lleve el diablo, por lo cual invita á sus amigos y compañeros á un banquete, y por la noche, mientras todos duermen, él permanece cerca de la chimenea. De pronto los estudiantes que descansaban cerca del doctor oyeron silbidos horribles y aullidos espantosos, como si la casa hubiera estado llena de serpientes, culebras y otras alimañas. Cuando llegó el día vieron la chimenea llena de sangre coagulada. Por fin, encontraron un cuerpo yaciendo sobre un montón de lleño, el diablo le había aplastado la cabeza y quebrado todos los huesos. Como se ve, el final se diferencia bastante de las versiones posteriores.



UNA CALLE DE NUREMBERG

la bruja; baile en el aquellarre del Harz, en el cual Fausto y Mefistófeles se entregan á las más desenfrenadas jabriolas, y en el *Segundo Fausto* el baile de los Elfos, el de Carnaval en el palacio del emperador, el de Euforión y las niñas ante Elena y Fausto, etc., etc. Hay, pues, motivos de sobras para que un compositor pueda lucirse y el músico inspirarse.

Aparte de lo que decimos es digno de recordación que durante los siglos xvi y xvii la leyenda de *Fausto* era representada en Alemania bajo la forma de una función de títeres, abo- lengo bien humilde en

EL AUTOMOVILISMO



1.—¿Conqué, te has separado de tu marido, por qué no te quería acompañar en el automóvil?

—No ha sido precisamente porque no quería acompañarme a mí, sino porque quería y acompañaba a otra.



2.—Yo me alegraría muchísimo llegar a ser gobernador; ya meter en cintura a esos de los automóviles... y ya tener más sueldo, de paso.



3.—Ya sabrás que se han inventado unos coches que andan por medio del petróleo.

—Pues hay que comprar uno pa que salgamos del club, el día del tranto, Melitón.



4.—Allí viene Angolito con su automóvil, y me parece adivinar sus intenciones, ver si al pasar puede decirme un piropo a mí... y stropellar a mamá.



5.—A mí me convenía tener un automóvil porque al mejorarse de fortuna, y tuviera posesiones por aquí cerca, iría a menudo a verlas.

—¿No si es para visitar tus posesiones, no te corre prisa, créeme Indalecio.



El castigo

REALMENTE era espantosa, según la expresiva frase del poeta, la soledad en que el pobre don Hilarión vivía. Viudo y con un niño de corto tiempo, sin familia que le asistiera en su desamparo, y casi puede decirse que sin hogar, pues moraba en un cuarto realquilado, teniendo por única criada a la patrona que, mediante una módica retribución, le atendía en lo más preciso, la existencia del infeliz señor se deslizaba monótona y triste como nebuloso día de invierno. El único rayo de sol que la alumbraba era su hijo, Manolín, á quien quería

con delirio y en el que tenía puesta todas sus esperanzas. Pero por desdicha, estaba privado del calor del mismo.

A la muerte de su esposa, don Hilarión que era pobre y que vivía del producto de su trabajo intelectual, para seguir bregando en la penosa lucha por la existencia que el escritor sostiene, se encontró en que el niño era una rémora, é impulsado por la necesidad, no tuvo más remedio que colocarlo de alumno interno en un colegio. Era un sacrificio indispensable que el buen padre no titubeó en hacer, por más que al dejar el niño en las Escuelas Pías, bajo la férula de ilustrados sacerdotes, dejaba también en el colegio la mitad de su corazón.

La otra mitad para él no existía. Estaba enterrado con la llorada esposa, en uno de los nichos de la Sacramental de San Isidro. Don Hilarión había sido en su vida matrimonial muy desgraciado. Y no porque no amara á la compañera de su vida. La había querido de verdad, sino con esas manifestaciones externas que tanto agradan á las mujeres, con el afecto de una pasión tranquila y la satisfacción propia del que sabe que realmente es correspondido. Su mujer que era tan hermosa como honrada, le había también amado con verdadero cariño, sin que jamás por su mente cruzara la idea de faltar á sus deberes. Pero no bastan el amor, la hermosura y la honradez para hacer la felicidad de un matrimonio. Aquella mujer, poseyendo cualidades tan buenas, tenía un grandísimo defecto: el carácter. Hija mimada, sin otra institutriz que una madre complaciente que adoraba en ella, desde su niñez había sido su capricho ley, y acostumbrada á no sufrir contrariedades de ningún género, poseía una voluntad completamente virgen. Desde el primer día de su matrimonio se propuso dominar á su marido, que era extremadamente débil, y lo consiguió. Cuando el bueno del esposo quiso volver por sus fueros de jefe de la familia, era tarde: su mujer se los había arrebatado. Física y moralmente el niño Manolín era un reflejo de su madre. Tenía su misma hermosura, pero también su voluntad virgen, que más tarde sufriría con paciencia las contrariedades de la vida.

Todas las noches, cuando encerrado entre las cuatro paredes de su gabinete de trabajo, el pobre escritor robando horas al reposo, se ocupaba en emborronar cuartillas, su espíritu sufría una tortura difícil de describir. ¡Menguada suerte la suya! Sentirse enteramente espiritual y hasta un tantico romántico; tener alas para volar por espacios dilatados en los que pudiera embriagarse de aromas, luz y poesía; poder expresar en sonoras



rimas sus recuerdos, que eran parte integrante de su existencia; y por las imperiosas necesidades de ésta, por la conquista del duro panecillo, verse precisado á prescindir de todos esos manantiales de belleza, para hacer alardes de ingenio, escribiendo chistes y más chistes que el público regocijado leía, sin sospechar que las lágrimas del poeta habían manchado más de una vez las cuartillas del escritor festivo!

Porque don Hilarión era verdaderamente un poeta. Muerta su esposa, su recuerdo era para él un culto; y en las soledades de su gabinete, en aquellas tristes horas en que la nostalgia del bien perdido se apoderaba de su ser, abstrayéndole por completo de las realidades de la vida, se consolaba contemplando los retratos de los seres queridos.

Los días transcurrían para el infeliz lentos y pesados, y su único afán era la llegada del primer domingo de mes, día de asueto para los colegiales, que en premio á su aplicación, lo tenían destinado para pasarlo con sus familias.

¡Con qué gozo llegaba para el buen padre tan deseado día! En la tenebrosa noche de su existencia era para él como una estrella que bañaba todo su ser de luz. ¡Qué de planes se forjaba!

Iría al colegio por el niño, después de las nueve de la mañana, con el fin que éste hubiese cumplido ya con sus deberes religiosos.

Luego darían un paseo por Madrid; entrarían en los bazares á proveerse de juguetes; comerían en la fonda; irían después al café; pasarían la tarde en la zarzuela; y á las diez de la noche volverían al colegio, no sin haber cenado juntos, en cualquier *restaurant* económico.

Esto mientras durasen los tristes días de invierno.

Cuando llegara la primavera sería otra cosa.

Merendarían alguna vez en los Vi-veros, y hasta se permitirían alguna gira al Escorial, Aranjuez ó cualquier otro de los sitios reales.

Pero tan bellos planes habían una vez de fracasar.

Llegó un día de salida en que el desdichado don Hilarión fué al colegio en busca de su hijo, y le recibió uno de los profesores, que llevando á éste de la mano, le dijo con tono severo:

- Este caballerito no puede hoy salir.
- ¿Por qué?—le preguntó sorprendido el pobre padre.
- Porque está castigado,—le repuso el profesor.

—¡Ah! No,—exclamó D. Hilarión secándose con el pañuelo las lágrimas que saltaron á sus ojos,—le digo á usted que no es el niño realmente el castigado; el castigado... soy yo!

J. F. SANMARTIN Y AGUIRRE



EPÍGRAMAS

De su sobrino Canido
decía don Sisebuto
que es un joven *distinguido*;
y es cierto: siempre lo ha sido
de los demás por lo bruto.

Concha regaló un bastón
á su primo Luis Pantoja,
y éste va diciendo á todos
que tiene un bastón de *concha*.

EDUARDO GUILLAR



R. Verdago Landi: EN EL PUERTO



EL CORTESANO

Si hierve la juventud
en nuestra sangre ardorosa
¿hay situación más odiosa
que la infame esclavitud?

En praderas sin confines
tuvo origen, donde el viento,
cual él, sin freno, violento,
acariciaba sus crines.

Donde los cielos tronantes,
con las lluvias que azotaban,
furiosos se desataban
en sus lomos humeantes.

El, lleno de majestad,
y de ardores altaneros,
gozó, en sus años primeros,
de la hermosa libertad.

Pero, una mano traidora
le arrebató, en su fiera,za,
de la gran naturaleza,
su madre y su protectora.

Entre muros le encerró,
y puso hierros después
en su boca y en sus pies,
y ante un coche le enganchó.

Al pronto ¡cuántos enojos!
en los labios ¡cuánta espuma!
¡qué pesadumbre tan suma
sobre sus húmedos ojos!

Solo es más terrible pena,
que aumenta la amarga suerte,
no poder, aun siendo fuerte,
quebrar la infame cadena.

Pasó el tiempo con premura,
y el corcel, de altiva raza,
se acostumbró á la mordaza
y se amoldó á la herradura.

Y bendijo el blando lecho
y aquel sustento abundante
y el arnés tan arrogante
en grupa, cabeza y pecho.

¿Quién conserva en la memoria
la antigua errática vida?
El ya dichoso, la olvida
como vergonzosa historia.

Y en los placeres ya ducho,
amó la comodidad.
Muy bella es la libertad,
mas da poco y cuesta mucho.

Ya no humilla su valor
saquen de su fuerza el yugo,
poniéndole bajo el yugo
cuando ordena su señor.

El tiene abrigo en invierno,
ostenta el cuerpo pulido,
y aun antes de apetecido
halla pienso rico y tierno.

Y como recibe ufano
los cuidados de un sirviente
se imagina el insolente
que él es también soberano.

Por eso, por los paseos
orgallosos lleva alzada
la cabeza empenachada
con deslumbrantes arreos.

Y es triste que no vislumbre
que tan vanos oropeles
solo son emblemas fieles
de su abyecta servidumbre.

Más, él prefirió su hartura,
servilmente conseguida,
á su antigua libre vida
y á su indómita bravura.

Y viéndose tan galano
parece al mundo exponer:
—No hay más gloria ni placer
que ser cual yo, cortesano.

JOSÉ DE SILVA

LO DE MARRUECOS

De nuevo vuelven a ocupar la atención los manejos de Francia para *penetrar* en el imperio del Ocaso. Ya por el pronto es un hecho la conquista de los oasis de Insata y Tuat, al Sur de Marruecos, tributarios hasta ahora del Sultán; pero no para así la cosa sino que Francia pretende abrirse paso por el propio territorio moghrebino ó sea por Tafilete, en el ángulo SE. del caduco imperio. El propósito estriba en mantener libres las comunicaciones entre el Golea, al Sur de Argelia, y la Senegambia á través del Sabara, por dichos oasis y Tombuctú, ó sea por el Este de nuestro Río de Oro. El territorio del Sudeste marroquí, amenazado hoy por nuestros vecinos del Norte, es poco conocido, y, sin embargo, no puede ser más interesante.



LIMPIANDO TRIGO

tribus *chilluks* (montañeses), y cortada por profundos desfiladeros. Al Sur, elevan sus moles el Tizi Likumpt (13.150 pies), el Tizi Noawot (14.000 pies), y el formidable Tizin Tanjurt (15.600 pies), siendo notable el gran numero de ruinas que se encuentran del periodo *rumi*, ó sea anterior al Islam. El paisaje es grandioso, pero también desoladísimo; solo en los valles, y por el sistema de taludes ó terrazas escalonadas consiguen los naturales cosechar algún trigo, y cultivar el olivo, el almendro y el nogal. Algunos rebaños de cabras y carneros ayudan a pesar la vida en aquellos lugares, incommunicados con el resto del mundo durante el largo invierno. En todas las aldeas de las vertientes del Atlas como Asni, Tasdirk, Humast, etcétera, abundan en gran manera los judíos, *notables* por la horrible sudeidad de sus *mellahs* ó barrios.

El Atlas comunica con el Anti-Atlas por una meseta de 6 á 9.000 pies de altitud, donde no se ha aventurado hasta ahora ningún viajero, y el terreno va luego descendiendo hacia Tafilet.



CUERPO DE PÓLVORA
Y BOLSAS DE BALAS



ALDEA DEL VALLE DE URIKA



JUDIOS DE ASNI

Esta provincia, linda con el Sahara es no solo importante por su feracidad sino más aun por ser el camino por donde pasan las caravanas que hacen el comercio con el Sudán y el Africa Central, contando para ello con cuatro vías principales: por el Sur la del Tuat y la de Tombuctú por El Arib; por el Norte la de Fez y la de Marrakesch, y además hay también otra vía de comercio con Argelia por los oasis de Figuig y de Chelala.

Sea como fuese, no parecen las circunstancias actuales las más á propósito para que Francia se comprometa en una guerra formal para conquistar el sudoeste marroquí, pues precisamente en estos momentos tiene que reprimir una insurrección en Argelia. Lo bueno del caso es, sin embargo, que Francia no es colonizadora ni mucho menos, á pesar de lo cual no cesa de extender sus dominios para que vayan luego á explotarlos los ingleses, como en Madagascar, ó los alemanes, como en el Tonkin, de tal manera que no es de creer que nadie la impida conquistar la porción que quiera; en cambio sería distinto si pretendiera conquistar por el Norte, en cuyo caso correría peligro la seguridad de Gibraltar.



TASHIRT Y WAD IMINEN

TESOR:

Los di-
mente :

Hay un
lleve ei

de raro
se encu-

lador, e
y para

descom-
pietarik

tes ó b
historia

y el po-
servarl

amigos
Un t

dentad
cosa m

céntric
lleva u

placa ó
delgad

cuales
miniat

De u
un tint

preseri
á caml

mundo
entera

para ll
traord

una al
EU

Segu
de los

sulfito
siguie

Se d
de cal

agua :
Agu

Sulf

Re
casill
casill

PEPITORIA

TESOROS OCULTOS EN LA BOCA

Los dientes postizos son ocasionalmente usados para fines secretos. Hay una persona en Chicago, que lleva en su boca veinte diamantes de raro valor y belleza; pero éstos se encuentran en la lámina del paladar, enteramente fuera de la vista, y para preservarlos de todo daño ó descomposición, se abstiene el propietario de tomar alimentos calientes ó bebidas fuertes. Hay cierta historia relacionada con estas joyas, y el portador está ansioso por conservarlas fuera de la vista de sus amigos y parientes.

Un testamento en un juego de dentadura artificial, es, en verdad, cosa muy rara. Con todo, una excéntrica anciana de Nueva York, lleva una dentadura postiza, cuya placa de paladar se compone de dos delgadas hojas de oro, entre las cuales está insertada una copia en miniatura de su testamento.

De una manera semejante á ésta, un tintorero químico conserva una prescripción que, según él, no daría á cambio de todas las riquezas del mundo. No encontrando un lugar enteramente seguro de su cuerpo para llevar siempre consigo la extraordinaria fórmula, le ha hecho una alcancía dentro de su boca.

ANÁLISIS COMPLETO DEL HIPÓFISITO EN LOS MAMÍFOS

Según M. Licsegang desaparece de los negativos toda traza de hipofisito empleando el procedimiento siguiente:

Se disuelven 20 gramos de cloruro de cal en 100 centímetros cúbicos de agua y se mezclan con:

Agua, 100 centímetros cúbicos.

Sulfato de zinc, 100 gramos.

Después de agitar enérgicamente dichas sustancias se añaden 680 centímetros cúbicos de agua y se guarda el todo en un frasco al abrigo de la luz.

En el momento necesario se sumergen los clichés durante diez minutos en un baño compuesto de una parte de dicha disolución y cinco ó seis partes de agua.

El que no anda en buenos pasos y tropieza por ahí, es que no usa el callicida del doctor LADIVONSIM.

Notable como siempre es el número de NUEVO SIGLO correspondiente á esta semana, tanto por lo que respecta al texto como á la ilustración.

Realmente esta simpática publicación presta relevantes servicios á la cultura nacional al par que procura singular distracción con sus novelas, llenas del más emocionante interés.

CUENTO

Cierto gitano pegó una paliza bestial á su mujer y la hirió; y ella, es claro, lo llevó ante el juez municipal. Delante del juez negó haberla herido el gitano: —¿Cómo es posible zefío, que la haya jerio y o si le pegué con la mano?— Entonces hecha una fiera ella dijo:—Zefío juez no crea usía á ese gatera. ¡Pillo! si la mano era... ¡la mano del almirez!

LUIS DEL ARCO

GEROGLIFICO



Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Frase hecha. — ¡Dar en la cara.

Salto de caballo. —

RUGÁ A TIEMPO

Marchado con su madre, Ince rebaba, cae al suelo, se hiera, y dispulando se hablan así: Después las dos llorando: —¡Si no fueras tan mala...! —No soy mala. —¿Qué hacías al caer...? —¡Iba resando!

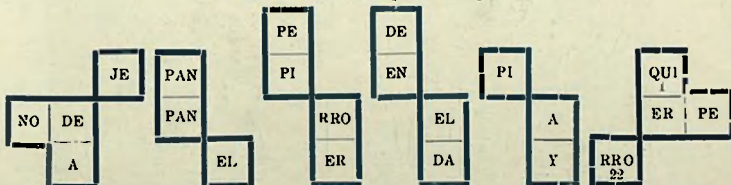
CORRESPONDENCIA PARTICULAR

R. B.—Barcelona.—El cuento está muy bien pensado y desarrollado, pero se notan ciertas inexactitudes en la forma que me temían publicarlo.

A. F. L.—Madrid.—Igualito que el anterior. S. M. de B.—Gerona.—Todo está bien; irán. El Moro Musu —Barcelona.—Amigomio, me parece que ha dejado usted de ser musulmán para convertirse al bromantismo.

I. R.—Madrid.—No puedo complacerle porque para dirigirse á ella están los burones de correos, ó el aguador.

RECONSTRUCCION, por Novejargue



Recórranse estas figuras y ordénense de modo que se forme una figura regular y entonces empezando en la casilla señalada con el número 1 y dando saltos de caballo de ajedrez, se tiene que leer un refrán con todas las casillas.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL «LA IBÉRICA», PLAZA DE TETUÁN, 56.—BARCELONA

CUENTO BATURRO



Ya sabes á lo que vamos á casa del tío Estaquilo: á ajustar mi boda con su hija. Pues bien: si yo digo que tengo... casito, tú has de decir que son ocho.



—Buenos días tío Estaquilo: aquí venimos á ver si acabamos de arreglar ese asunto.

—Bien venidos, pasen ustedes. Hombre yo creo que eso es cuestión arreglada.



—Ya le dije á usted que tengo dos pares de mulas.

—Y... yegua y dos lechadas y tres burros de bato: hombre todo se ha de contar.



—Tengo también dos majuelcos...

—¡Radios majuelcos! Dos viñas que coge en chías quinientos alqueques de vino y á más los plantadicos jóvenes



—Tengo á más mi rebañico de carneros...

—Rebañico eh? 3,000 cabezas: sin contar los corderitos, ni el cabruno, ni...



—Y de salud está usted bien? Por... que también la salud hace falta.

—Sí, señor. Aquí tengo en este ojo una subeoca. —Radios subeoca! No es más una subeoca que no ve gota.